

## Breve recuerdo de Friburgo

**Amador Vega**

**Universitat Pompeu Fabra (Barcelona)**

Llegué a Friburgo en los primeros días de septiembre de 1986, con la intención de escribir mi tesis doctoral bajo la dirección del profesor Rainer Marten, uno de los discípulos de Heidegger que entonces impartía clases en la universidad. Faltaban todavía algunas semanas para el comienzo de curso y mientras me dedicaba a la no fácil labor de hallar una habitación, hacía largos paseos por el Schlossberg, adentrándome en las estribaciones del Schwarzwald. Era un otoño luminoso, con las lluvias suaves pero constantes, las primeras humedades que se elevaban de la tierra caliente del verano, también con las primeras chimeneas humeantes en las casas, a lo lejos, en las montañas que un día recorrería. Y también con las primeras inquietudes y las dudas acerca de la continuación de mis estudios heideggerianos. Aparentemente todo me llevaba allí: *Ser y Tiempo*, en la traducción de José Gaos, había sido para mí un libro inseparable desde los dos últimos años del bachillerato y me siguió acompañando hasta la tesis de licenciatura en la Universidad de Barcelona, si bien es cierto que los temas que más me atraían eran aquellos que se desprendían de la lectura que hacía Heidegger de San Agustín. Por entonces veía una línea en la que se daban cita mis propias preocupaciones y que iba desde Agustín a Heidegger pasando por Proust. En cierto modo, y con la actual perspectiva, buscaba la convergencia entre teología, estética y filosofía. Pero la especialidad en metafísica por la que opté, había acabado por ahogar la dimensión estética del problema, aun cuando el horizonte de una cierta “metafísica de artista”, como la llamó Eugen Fink en alusión al primer Nietzsche, había quedado no resuelta.

Lo cierto es que cuando llegué a Friburgo, el fervor por Heidegger ya había empezado a declinar en mi interior, al tiempo que empecé a sentir la necesidad de indagar en el contexto problemático que había llevado al filósofo a su propia carrera filosófica. Así es como empecé a pasar las tardes en las bibliotecas de los distintos seminarios de la Facultad de Teología, en la última planta del Kollegien-Gebäude I, en donde se me abrió un mundo que seguramente había estado

buscando, pero que de ninguna manera podía imaginar como horizonte de mis estudios. Vista desde la universidad española, en la década de los ochenta, la Teología era algo prácticamente inimaginable para laicos. No así en Alemania, en donde los cursos de Teología eran visitados también por estudiantes de Medicina y Derecho, si bien es cierto que eran pocos los filósofos que los frecuentaban. En aquellas incursiones por los corredores de la última planta entré en contacto con el profesor Charles Lohr, jesuita originario de Nueva York, y por entonces director del Raimundus-Lullus-Institut, cuya biblioteca ocupaba tres oficinas. Lohr era un experto en la tradición aristotélica y su mayor contribución fueron los catálogos de manuscritos medievales y renacentistas de Aristóteles en los que estaba trabajando en aquellos años. Pero, además, dirigía ese singular Instituto de investigación, fundado por Friedrich Stegmüller, que lo había anexionado a su cátedra de Teología dogmática y en el que todavía hoy se lleva a cabo la edición crítica de las *Raimundi Lulli Opera Latina* (Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis, Brepols, Turnholt). La biblioteca del Instituto, especializada en las fuentes para el estudio de la teología medieval, era y sigue siendo una joya, pues lo tenía absolutamente todo: desde los Comentarios de Calcidio a Platón hasta las obras de Maquiavelo, todo ello acompañado de las mejores monografías especializadas. Por el Instituto pasaban continuamente investigadores de procedencia muy diversa y el ambiente de trabajo era verdaderamente único. Cada vez pasaba más tardes en aquellas estancias silenciosas y atestadas de libros y microfilms sobre los tejados de zinc de la universidad y, de pronto, se me hizo imperioso dar un cambio de rumbo radical a mis estudios, y dejarme introducir en el pensamiento medieval de la mano de aquellos expertos, entre los cuales se hallaba el Dr. Fernando Domínguez Reboiras, de hecho el editor principal de los muchos volúmenes de la obra latina de Llull y con el que aprendí no pocas cosas de muy diversa índole. Finalmente, en vista a la nueva dirección de mis intereses, opté por cambiar de tema de tesis y de director (Klaus Jacobi). Para alguien como yo, que se había hecho principalmente en los estudios de filosofía del siglo XX, aquel aprendizaje resultó no sólo muy rico por el amplio marco intelectual en el que me inscribió, sino porque imprimió en mi una manera de leer los textos de filosofía, con una atención y respeto por la tradición que no han dejado de acompañarme. Los tres años pasados en aquel lugar, además de la asistencia a las lecciones y seminarios, constituyeron el núcleo en torno al cual me inicié en los textos místicos medievales, Llull en primer lugar, pero también en el contexto de las teologías judía y islámica. Más tarde seguiría con los estudios de los místicos alemanes, especialmente Meister Eckhart, coetáneo de Llull, al que pasé traduciendo durante unos años y cuyo pensamiento me acompaña desde entonces.

Heidegger parecía haber quedado, entonces, abandonado en mi formación, pero con la perspectiva actual puedo, en cierto modo, hacerme cargo de algunas cuestiones que no son extrañas a su obra y que, hoy por hoy, me explican algunas cosas de mis propios estudios. Poco tiempo después de mi regreso a Barcelona, se editó el volumen 60 de la *Gesamtausgabe* (Phänomenologie des religiösen Lebens), correspondiente a las "Lecciones tempranas de

Friburgo”, semestre de invierno (1920/21) y de verano (1921), además de algunos bocetos para cursos que fueron anunciados en su momento, pero nunca impartidos (1918/19). Si en los primeros, Heidegger se ocupa de los problemas relativos a la “experiencia fáctica de la vida” (faktische Lebenserfahrung), a partir de las Cartas paulinas, temática que ha dado mucho de sí en las últimas décadas entre los estudiosos de la llamada “teología política”, además de realizar una tensa lectura del Libro X de las *Confesiones* de san Agustín, los esbozos para cursos no impartidos, de años anteriores, llevan por título: “Los fundamentos filosóficos de la mística medieval”. En estas páginas, Heidegger discute cuestiones de gran interés acerca de lo que debe entenderse por “Mystik”, o por el “elemento irracional en el pensamiento de Meister Eckhart”, así como otros aspectos relativos a la contemplación, la vivencia religiosa o la obra del teólogo romántico Friedrich Schleiermacher. Las razones por las que Heidegger renunció a dictar estos últimos cursos han sido descritas con detalle por los editores de aquel volumen. Lo que aquí me interesa destacar es algo que afecta a los distintos cambios de marcha en el pensamiento de Heidegger y que, a mi modo de ver, ya se encuentra en aquellos orígenes.

Tenemos el testimonio de un paseo famoso por el Schwarzwald, el 8 de junio de 1918, de Husserl con sus dos jóvenes discípulos: Edith Stein y Heidegger. Parece que el maestro había estado comentando con estos la reciente publicación del libro de Rudolf Otto, *Das Heilige* (Breslau 1917). Husserl, obsesionado en la aplicación del método fenomenológico a los diferentes campos del saber filosófico, indicaba a sus discípulos la necesidad de acceder a la verdadera dimensión religiosa liberándose del elemento dogmático. Y para ello les proponía la lectura de los místicos, de las vidas de estos, como necesario punto de partida histórico para el estudio de la vivencia religiosa. Por la correspondencia de Stein con Roman Ingarden y por el testimonio de Pauline Reinach, sabemos que poco después de aquel paseo, la filósofa judía se hizo regalar por su hermano las obras de Teresa de Ávila y de Schleiermacher. El camino escogido por Stein ya es conocido: abandono de la carrera académica, conversión al catolicismo, entrada en el Carmelo y final en Auschwitz junto a su hermana Rosa. También conocemos los giros del camino que hizo Heidegger: abandono de un proyecto de filosofía cristiana, “conversión” a un cierto luteranismo, la cátedra de filosofía y un final refugiado en sus escritos a la espera del “dios venidero”.

Lo que me resulta de mucho interés es hasta qué punto, tanto para Edith Stein, como para Heidegger, en un momento determinado de su camino filosófico, el “elemento místico” aparece como un fundamento inquietante sin el cual, sin embargo, no es posible hacerse cargo de las muy diversas direcciones que tomaron ambos pensamientos. Pero lo que me resulta especialmente relevante para los estudios heideggerianos es que dicho elemento místico, desde su oscuridad abisal, ilumina muchos aspectos del pensamiento moderno, uno de cuyos comienzos se halla ya a finales de la Edad Media europea con pensadores como Eckhart, Seuse o Tauler. El vocabulario forjado en lengua vulgar por estos pensadores constituye el primer

vocabulario metafísico europeo. Y la cadena de transmisiones desde el siglo XIV hasta el siglo XX describe un muy peculiar mapa de “errancias”, que nos hablan de la *Geistesgeschichte* de Occidente.

No puedo hablar de todas estas cosas sin recordar la humedad de los bosques de aquel septiembre de 1986 en Friburgo, rodeado de todos aquellos libros de los filósofos medievales en el Raimundus-Lullus-Institut, que en la actualidad ocupa las estancias del antiguo despacho de Heidegger en su época del Rectorado.